

La Biblia como libro

La Biblia representa, sin duda, el sumum de la literatura universal. Es el libro por antonomasia: el más traducido, el más vendido, el más leído, el más estudiado, el más admirado y el más criticado. Fuente de fe durante milenios para un número incontable de personas, incluso hasta el día de hoy, la Biblia, que inauguró la era moderna de la página impresa, es el libro que más ha influido en nuestra cultura y que más decisivamente ha marcado nuestra manera de pensar, por lo menos hasta antes de ayer.

Pero, ¿cuál será el lugar de la Biblia mañana? ¿Será definitivamente defenestrada del dominio público en aras de la post-modernidad? ¿Será reducida al papel de oscuro manual manipulado por los fundamentalistas y fanáticos de la religión? ¿Se limitará su esfera de influencia académica a los cursos de literatura comparada en la universidad? ¿Será capaz de mantener, en el futuro, su status como revelación de Dios?

Para responder a estas preguntas, será preciso definir qué tipo de libro es la Biblia, para pasar a considerar cómo hay que leerlo, desde qué premisas y con qué fin.

Partimos de un hecho clave: la Biblia se presenta como un solo libro. Sorprende este dato ya que la Biblia -del griego ta Biblia, los libros- está compuesta por 66 libros canónicos (aunque algunas ediciones incluyen otros libros, procedentes de la época helenística, llamados Apócrifos o Deutero-canónicos) y es obra de muy diversos autores pertenecientes a distintas épocas de la historia. En efecto, la compilación de la Biblia abarca un período de más de mil años e incluye una gran variedad de géneros literarios en su producción.

El Antiguo Testamento, escrito mayormente en hebreo, traza a historia del pueblo judío mediante crónica, ley, precepto, poesía, proverbio y profecía, mientras que el Nuevo Testamento, escrito en Griego, añade evangelio, parábola, epístola y Apocalipsis, al vasto elenco de estilos, géneros y estructuras que conforman la Biblia.

¿Cuáles son las implicaciones de la Biblia como libro unificado?

En primer el hecho de un solo libro implica la existencia de un principio y un fin. Y así es. La Biblia parte de los orígenes del universo y la formación del hombre en Génesis, y concluye con la reintegración de la creación dañada por el egoísmo del hombre, en Apocalipsis. Desde esta perspectiva, el espacio y el tiempo, no menos que la materia, están supeditados a un concepto de diseño, y la historia del hombre en el mundo obedece, no al accidente o al azar, sino a un designio, un proyecto de colaboración con Dios en la mayordomía de los recursos naturales de la creación.

En segundo lugar, implica la presencia de un hilo conductor, un principio integrador que permita una lectura coherente de la Biblia, no en detrimento de su variedad literaria, sino gracias, precisamente, a la multiplicidad de las partes que la conforman. Se trata de un principio hermenéutico unificador: lo encontramos en la persona de Jesucristo, prefigurada en el Antiguo Testamento y manifestada en el

GBU

Nuevo, presente en a creación y protagonista de la redención, Hijo del hombre en el tiempo e Hijo de Dios desde la eternidad.

Pero antes de explicar cómo leer la Biblia desde la perspectiva de Jesucristo, debemos acercarnos primero al complejo mundo de la literatura bíblica.

GBU

La literatura bíblica

Tres pilares básicos sostienen todo el edificio de la literatura bíblica: la creación y caída del hombre, la obra de Cristo, y el futuro reino de Dios. Son conceptos que nos pueden resultar hoy extraños, obsoletos o abstractos, pero el lenguaje bíblico les imbuye de carácter y vitalidad, los arroja con la textura de lo familiar y los encarna en historias de hombres y mujeres muy parecidos a nosotros. El mundo bíblico, tan lejano en el tiempo y tan remoto en su trasfondo cultural, resulta de lo más sorprendente inmediato y actual.

Esto se debe a la potencia de su narrativa y a la universalidad de su simbolismo poético. Veamos cuatro ejemplos, tomados de **Génesis**, **Salmos**, **Isaías**, y **San Juan**.

Génesis 1-3 relata la creación y caída del hombre. Este pasaje forma la base absoluta de la premisa religiosa, y aunque se haya visto sometido a una gran diversidad de asaltos interpretativos a lo largo de los tiempos, sigue estando presente en el gran debate sobre los orígenes que continúa, y nunca con mayor intensidad, en el día de hoy.

¿Por qué?

La razón se encuentra en lo intemporal de su lenguaje y en su capacidad de generar metáfora y símbolo universal. Lo que hoy es conocido como el Big Bang, génesis lo atribuye a la palabra autorizada del creador. Donde la ciencia detecta diseño en el universo (aunque sólo lo llame apariencia de diseño), génesis describe, en lenguaje poético, seis «días» de actividad creadora que ponen de manifiesto una clara intencionalidad objetiva. Donde la ciencia plantea hipótesis de un aleatorio proceso macro-evolutivo que culmina en el homo sapiens, Génesis establece la unicidad originaria del hombre como imagen y semejanza de Dios.

Se trata de dos maneras de describir (e interpretar) el fenómeno de otro modo inexplicable de nuestra presencia en el mundo. La ciencia describe el universo desde su legítima perspectiva, empleando sus métodos apropiados y su propia terminología, aunque no está legimitada para pronunciarse sobre la existencia de un creador. Génesis que sin ser un tratado científico no contradice a la ciencia sino que la complementa, va más allá y descubre a través de un lenguaje tan sencillo como sublime el por qué y para qué el fenómeno humano. Confundir estos dos planos es hacer una mala lectura de Génesis y un flaco favor a la ciencia. Reconocer el valor de Génesis es abrir un campo de visión imprescindible para dotar de sentido a la vida del ser humano.

Ahora bien, el lenguaje de Génesis, desde la visión edénica del mundo animal, vegetal y mineral, se centra de inmediato en la problemática del hombre que busca su identidad perdida. A partir de la caída, la Biblia traza las peripecias del hombre nómada, errante, que a través de Abraham forma un pueblo, Israel; de Moisés recibe una ley moral, y bajo Josué conquista una tierra prometida. Allí se establece una monarquía, y su rey más emblemático, David, en su celeberrimo **Salmo** 23 (en algunas versiones el 22) cantó la bienaventuranza del hombre que se relaciona de nuevo con su Dios. Su lenguaje resuena con los ecos del paraíso perdido:

- 1 Jehová es mi pastor, nada me faltará.
- 2 En lugares de delicados pastos me hará descansar, Junto a aguas de reposo me pastoreará.

GBU

- 3 Confortará mi alma;
Me guiará por sendas de justicia por amos de su nombre.
- 4 Aunque ande en valle de sombra y de muerte,
No temeré mal alguno, porque tu estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.
- 5 Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores;
Unges mi cabeza con aceite, mi copa está rebozando.
- 6 Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida,
Y en la casa de Jehová moraré por largos días.

Es difícil imaginar un poema más perfecto, tanto en su belleza formal como en el alcance y trascendencia de su contenido. El salmista habla de un pastor divino, que le acompaña en todos los avatares de la vida, ahora, y en la eternidad. Es el pastor que da su vida por las ovejas. El profeta **Isaías** evoca la pasión, muerte y resurrección de este Mesías, en su no menos célebre capítulo 53:

- 3 Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto, y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.
- 4 Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.
- 5 Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.
- 6 Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino, más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.
- 7 Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.
- 8 Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido.
- 9 Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.
- 10 Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
- 11 Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.

GBU

La grandeza de esta poesía (uno de los llamados «cánticos del siervo» que jalonan la profecía de Isaías), no menos que la del Salmo 23, no debe ocultar la gravedad de su mensaje, y lo apremiante de la necesidad humana. La caída del hombre relatada en génesis ha expuesto a cada uno de nosotros a la fragilidad de la vida, y a la incertidumbre de la muerte. Somos pecadores y necesitamos un Salvador. **San Juan** (capítulo 10) relata la oferta de vida hecha por Jesús:

11Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.

12Mas el asalariado, y que no es al pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa.

13Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas.

14Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen,

15así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.

En la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo culmina la literatura bíblica. Hasta qué punto es así, se verá a continuación.

GBU

La Unidad y mensaje de la Biblia

Hemos hecho referencia a la persona y obra de Cristo como principio integrador de la hermenéutica bíblica. Y así es. No obstante, sería un error pensar que la manifestación de Jesús en el Nuevo Testamento hace innecesaria la lectura del Antiguo, o que su contenido queda simplemente superado al encontrar su cumplimiento en Cristo.

El Antiguo Testamento

Al margen de su enorme importancia como revelación de las claves de la creación y caída del hombre, constituye además una crónica de la historia de la salvación. El A.T. prepara minuciosamente la venida del Mesías a través del nacimiento expansión y dispersión de un pueblo, Israel. La ley mosaica, infinitamente superior en cuanto su contenido moral y altura teológica a los códigos de conducta de las sociedades paganas, era una ley imposible de guardar, cuyo objetivo final era llevar al hombre pecador a Cristo, «porque por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él ya que por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Romanos 3:23). Palestina, además de ser un espacio necesario en su día para la implantación de la teocracia, es también y sobre todo una metáfora de una realidad espiritual, ya que «Dios es Espíritu, y los que le adoran en Espíritu y en verdad es necesario que le adoren» (Juan 4:24). Y si la tierra prometida deja de ser, a la ley del evangelio, una mera categoría geográfica, el mismo concepto de pueblo de Dios pasa a englobar a toda la familia de la fe, sea ésta de procedencia judía o gentil.

Nos encontramos, por lo tanto, con un fenómeno único en la literatura universal: los libros bíblicos tienen entidad propia y validez histórica, pero prefiguran siempre una realidad superior. Se trata, en términos técnicos, de la tipología bíblica.

En A.T. se divide, esencialmente, en tres grandes secciones: los libros históricos (de Génesis a Ester, incluyendo el pentateuco o ley); los libros poético-sapienciales (de Job a Cantar de Salomón); y los libros proféticos (de Isaías a Malaquías). Repasemos, brevemente sus características principales.

Historia

Los **libros históricos** narran las peripecias de Israel. Después de la caída la raza humana demuestra su incapacidad de reforma moral, y la primera generación es destruida por el Diluvio. Un pequeño remanente, guiado por el creyente Noé, desembarca en un mundo nuevo, pero éste resulta tan fallido como el anterior, y para canalizar la revelación de su voluntad y de su salvación, Dios llama a Abraham desde Ur de los Caldeos, una ciudad gentil, para ser padre de una comunidad de fe,

GBU

y progenitor de Cristo. **Génesis** traza los primeros pasos de la nación hebrea, y de sus patriarcas Isaac y Jacob, para terminar con José en Egipto. El **Éxodo** narra la redención de Israel, y describe una serie de acontecimientos históricos de gran resonancia tipológica: Israel es salvado mediante la sangre del cordero pascual pintada en los dinteles de sus puertas, siendo Jesucristo «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29); cruza el Mar Rojo, en alusión directa al bautismo (1 Corintios 10:2); y en el desierto come del maná, símbolo de Jesucristo el pan de vida que sacia el hambre de todo aquel que cree en él (Juan 6:35). Allí instaura el culto, cuyas ordenanzas y disposiciones representan, en sombra y figura, a Cristo (ver epístola a los Hebreos). **Levítico** relata la instrucciones para los distintos sacrificios todos ellos caducados y sin valor tras la muerte de Jesús. **Números** realza la figura del gran legislador, Moisés, y **Deuteronomio** profundiza en las exigencias de la ley.

Tras la muerte del Legislador, surge la figura de **Josué**, cuya misión histórica fue conquistar la tierra de Canaán. Pero la salvación no consiste en la conquista bélica, ni en la ocupación de un territorio: «Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día» (Hebreos 4:8). El autor se refiere al día de la salvación cumplido ahora en Cristo. **Jueces** narra, en una serie de relatos memorables, los intentos fallidos de Israel de gobernarse como pueblo de Dios. El pequeño libro de **Rut**, en cambio, considerado por Goethe como una joya literaria sin parangón, pone de manifiesto el verdadero gobierno de Dios en la vida de una familia singular. Israel clama por una monarquía para asemejarse a las demás naciones: **1 y 2 Samuel**, **1 y 2 Reyes**, y **1 y 2 Crónicas** relatan las experiencias de Israel bajo Saúl, David, Salomón, y los demás reyes de Israel. La historia termina mal: el pueblo es conquistado y deportado. Pero en el exilio Dios comienza una obra de restauración, tal como lo indican **Esdras**, **Nehemías** y **Ester**. Este último libro, que completa el ciclo histórico, relata la experiencia de un pueblo tan lejos de sus orígenes como de su destino final. Pero antes de abordar directamente, en la literatura profética, la venida del Mesías, la poesía hebrea descubre el corazón de su dilema espiritual.

Sabiduría

El libro de **Job** inicia el ciclo poético-sapiencial. Paradigma del hombre inocente que padece (de ahí su legendaria «paciencia»), Job encarna la experiencia de la caída desde una perspectiva existencial. El horror de la separación y ausencia de Dios sólo es mitigado por una conciencia inquebrantable de un día de vindicación. Su «yo sé que mi redentor vive...» (19:25), inmortalizado por Häendel en el Mesías, da fe de la relación directa entre la angustia de Job y la ansiada venida del Salvador. Los Salmos expresan en lenguaje incomparable las vicisitudes espirituales del creyente individual y del pueblo de Dios, y proporcionan un acervo importante de referencias mesiánicas. Los **Proverbios** desgranar la sabiduría del hombre que teme a Dios, y ponen en evidencia la necedad de quienes se obstinan a vivir de espaldas a Él. **Eclesiastés** presenta una visión sombría de lo vacío de la vida sin Dios. Su relación etimológica con la Iglesia (su título significa: predicador o convocador de la ecclesia) hace pensar en una perspectiva de la insensatez de la vida rutinaria, precisamente en contraste con la vida de plenitud que constituye al

GBU

incorporación de en Cristo. El **Cantar de los Cantares**, por último, regresa al paraíso, al jardín de las delicias del amor conyugal. La unión entre un hombre y una mujer que se aman cierra el ciclo iniciado por la caída en desgracia de Job, y prefigura las Bodas de Cristo con su Iglesia en Apocalipsis.

Tras escalar la excelsa cima literaria y espiritual que representa este «pentateuco» poético, en donde la sabiduría hebrea agota sus recursos naturales, resulta evidente que la salvación aún ha de venir, y se hace imperiosa su llegada. Se inicia así el ciclo profético, que vuelve su mirada hacia el futuro advenimiento del Mesías.

Profecía

El libro del profeta Isaías (c. 740 a.C.) marca no sólo el inicio de este ciclo, sino también la cumbre (por lo menos para quien escribe) de las letras bíblicas. Isaías, con sus 66 capítulos se divide en dos grandes secciones (curiosamente parejas con la propia división interna de la Biblia). Los capítulos 1-39 tienen aún sabor a Antiguo Testamento, si bien contienen algunas de las profecías mesiánicas más hermosas, mientras que los capítulos 40-66 tienen un carácter marcadamente evangélico, sin perder en ningún momento su anclaje histórico de los tiempos del exilio. Isaías, que refleja todos los géneros literarios de la Biblia, abarca asimismo toda la historia bíblica, desde la rebeldía de Israel hasta su reconciliación, y desde la caída del hombre hasta la restauración de todas las cosas. La profecía parte de una realidad socio-política concreta, para trazar la enfermedad espiritual y moral de un pueblo que no es sino paradigma del hombre, y en medio de los avatares de su conquista y deportación a Babilonia, se entrelaza la historia del Mesías, su nacimiento y crecimiento, vida, pasión y muerte, resurrección y Segunda Venida en gloria.

Aquí están algunas de las más conocidas profecías mesiánicas:

«Por tanto, el Señor mismo os dará señal: La virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel» (7:14).

«Porque un niño nos ha nacido; hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre 'Admirable consejero', 'Dios fuerte', 'Padre eterno', 'Príncipe de Paz'» (9:6).

«El Espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vender a los quebrantados de corazón, a predicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel: a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová...».(61:1a).

Estamos muy cerca de la aurora de la redención, en el umbral del Nuevo Testamento, en las puertas del evangelio. Pero aún no. Habrían de pasar largos

GBU

siglos, desde tiempos de Jeremías hasta el último de los profetas, Malaquías, para que por fin viniera Cristo.

El Nuevo Testamento

Llegamos así al Nuevo Testamento. Consideremos por un momento el significado de su nomenclatura. Al venir Cristo, todo se renueva, y «las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Jesús dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros es derramada» (Lucas 22:20). Este pacto es un nuevo *testamento*, el legado de la salvación hecho efectivo con la muerte del testador. La ley moral sigue vigente, en todos sus extremos. Pero nuestra incapacidad para obedecerla queda compensada con la muerte de Cristo a nuestro favor: «Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (Romanos 8:3-4). He aquí, en síntesis, el sentido último de la vida del Mesías. Quedan así abrogados por su venida el culto antiguo, el sacerdocio levítico, los sacrificios de animales, el lugar de culto, y las condiciones del primer pacto. Ahora, la salvación será gracias a su sacrificio, y sólo por la fe en Él. Como dijo San Juan, en inmortal sentencia:

«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Los cuatro **Evangelios** relatan, cada uno a su manera, la vida sublime e intachable de Jesús. Su «Sermón del Monte» escala la cima absoluta de la ética humana, llevando a sus últimas consideraciones la ley de Moisés. Ya no es suficiente la observación externa: es preciso un cambio de corazón, y el vino nuevo del evangelio ha de ser derramado en los odres nuevos de hombres y mujeres regenerados por el Espíritu de Dios. Es necesario «nacer de nuevo» (Juan 3:3), y recibir el don de la vida eterna (Juan 4). Esto es posible gracias al perdón que otorga Cristo en virtud de su muerte en la Cruz. Verdaderamente, la vida de Jesús trajo gracia sobre gracia:

«De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia, porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1:16-17).

Gracia y verdad van de la mano en la vida de Jesús. Cada palabra, cada señal, cada momento de su caminar en este mundo sacaron a la luz la esencia de la personalidad de Dios. «El que me ha visto a mí ha visto al Padre...» dijo Jesús (Juan 14:9). San Pablo añadió:

GBU

«... porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de Dios en la faz de Jesucristo»
(2 Corintios 4:6)

El libro de los **Hechos de los Apóstoles** narra los orígenes de la iglesia cristiana; las **Epístolas** instruyen a los creyentes en la fe de Cristo; y el **Apocalipsis** desvela los misterios de un futuro aún por llegar, el final de la historia humana tal como la conocemos, y la venida en plenitud del reino de Dios. Todo aquí es luz y salvación. Las sombras ancestrales se disipan ante la entrada de la Luz del mundo, y la larga noche del pecado abre paso al nuevo día de la redención. Ahora queda todo iluminado por la luz de Cristo. Las antiguas Escrituras reciben su auténtico cumplimiento y sentido; y el Nuevo Testamento acoge con asombro el esclarecimiento de misterios no desvelados hasta la venida del Señor:

«Entonces él les dijo: ¡Insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían» (Lucas 24:25-27)

Con razón escribió San Agustín: «El Nuevo Testamento, latente en el Antiguo; el Antiguo, patente en el Nuevo».

GBU

La importancia de la Biblia

Al comienzo de esta reflexión, preguntábamos por el status -actual y futuro- de la Biblia. Resulta evidente que esta cuestión pasa por otra muy ligada a ella: la entidad y trascendencia histórica de la figura de Jesucristo. Como hemos visto, la Biblia es profundamente *cristológica*, es decir que sus palabras conforman, en última instancia, la Palabra de Cristo. La validez de la una depende de la validez de la otra, y viceversa. ¿Qué crédito podemos dar a esta Palabra, y a las palabras de la Biblia?

El pensamiento post-moderno atribuye a las palabras en general escaso crédito. La caduca metafísica que ha marcado a Occidente a partir de Platón ligaba el concepto de significado a un hipotético *logos* originario que concedía, según se suponía, sentido propio a las palabras, y permitía la posibilidad del discurso racional. Puesta de manifiesto la falacia de esta visión logocéntrica del mundo, y roto el contrato fijo entre significado y significante, las palabras ahora forman parte sólo de un juego de espejos, sin ninguna posibilidad de significado estable. Junto con la desmitificación del *logos* desaparece asimismo todo concepto de designio (diseño), incluso de autoría. Toda lectura es, por tanto, una mala lectura, y el texto admite cuántas interpretaciones le atribuya cualquier lector. Es claro que esta noción entra en conflicto directo con la Biblia.

¿Qué podemos decir al respecto?

En primer lugar, la tesis *deconstructiva* no se sostiene, como su propio nombre indica. Cualquier intento de disolver el pacto logocéntrico ha de plantearse en términos *lógicos*. El pensamiento y el discurso no pueden escaparse del influjo del *logos*, y sólo es posible confrontar la Palabra desde las reglas de juego de la palabra. En segundo lugar, la verdad de la Palabra es igualmente indemostrable en términos empíricos. O nos prestamos a escuchar la Palabra, o nos quedaremos al margen de su radio de acción. Tenemos que elegir. Cristo nos invita a hacerlo:

«Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta»
(Juan 7:16-17)

«De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24)

¿Quiere decirse que la fe en Cristo es irracional, un salto en la oscuridad, un suicidio mental? Muy al contrario, Cristo apela a nuestra conciencia moral y desafía nuestra cobardía intelectual. Volvamos de nuevo a la Biblia.

Hemos visto cómo toda la Biblia converge naturalmente en Cristo. Este hecho es de por sí llamativo a la luz de la gran diversidad de autores, géneros literarios, y épocas históricas que la informan. Pero, sin duda, la hora de la verdad nos llega en el testimonio de los cuatro Evangelios. ¿Es convincente la figura de Jesucristo que presentan?

GBU

Es plenamente convincente. Algunos teólogos pretenden distinguir entre el «Jesús de la historia» y el «Cristo de la fe», restando así crédito a la naturaleza divina de Jesús. No obstante, el origen divino de Jesús está en plena consonancia con la totalidad del testimonio bíblico, como hemos visto. Si resulta difícil creer que el complejo entramado tipológico del Antiguo Testamento es fruto del ingenio humano, nos resultará imposible pensar que la figura de Jesús sea fruto de la fe. Una somera lectura de los evangelios nos impresiona profundamente: en la intachable manera de comportarse, Jesús de Nazaret no se parece a ningún otro hombre, y no obstante, en la consistencia y autenticidad de su vida, *se parece a todo hombre*. Es Hijo de Dios: lo demuestran sus milagros, y su palabra poderosa. Es Hijo de Hombre: lo demuestran su sensibilidad y compasión. Pero es en su muerte y en su resurrección donde brilla con luz propia la evidencia de su misión. La cruel muerte de la cruz da la medida de la ruindad humana, pues su juicio fue una farsa, y realzan la majestad de Cristo: «Verdaderamente este hombre era justo» exclamó un centurión (Lucas 23:47), y quienes contemplaron sus últimas horas de agonía dijeron: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mateo 27:54)

Pero la cruz no fue el final. Como no pudo ser de otra manera, Jesús resucitó de entre los muertos, y «se presentó vivo con muchas pruebas indubitables» (Hechos 1:3). La tumba vacía fue testigo mudo de un acontecimiento único en la historia: un hombre franqueó el umbral de la muerte por nosotros y volvió a la vida para darnos salvación:

« Él nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad» (2 Timoteo 1:9-10).

La muerte y resurrección de Cristo avalan todas sus palabras, y culminan el testimonio de las Escrituras. Un día someterán a prueba a todo hombre. La Biblia nos proporciona una oportunidad para conocer, y creer, ahora, el evangelio.

GBU

La lectura de la Biblia

Terminamos con algunas sugerencias prácticas sobre la lectura de este libro único, la Biblia.

¿Qué versión de la Biblia conviene emplear? Cualquiera cuyo formato y estilo nos agrade, siempre que no haya sido manipulada de manera sectaria. Las traducciones hechas por eruditos católicos o protestantes suelen ser fiables. Preferimos ediciones sin anotaciones del tipo doctrinal o teológico. Son útiles, por contra, aquéllas que contengan mapas y concordancia. Las citas que contienen este trabajo están tomadas de la Reina Valera, revisión de 1995.

¿Qué comentarios bíblicos debemos consultar? Todos los que caigan en nuestras manos. Ninguno tiene la autoridad de la Biblia misma, pero pueden ser de gran utilidad informativa. Ahora bien, el empleo de los comentarios nunca debe sustituir una lectura amplia y constante de los textos bíblicos. Cuando nos familiaricemos con el contenido de la Biblia, sabremos calibrar el valor de cualquier comentario, ¡incluido este!

¿Cómo debemos leer la Biblia? De manera serena, extensa y profunda. Es preciso dedicar tiempo a la lectura, no en busca precipitada de verdades parciales, sino de modo que nos expongamos a toda la verdad. La Biblia nunca será un medio de fanatismo o fundamentalismo sectario si permitimos que sea ella la que nos moldee a nosotros, no un objeto de nuestra manipulación. Es recomendable leer la Biblia de manera sistemática, de principio a fin, a la vez que de manera más devocional, en cualquiera de sus libros individuales.

¿Qué encontraremos en la Biblia? Una literatura única, poderosa, paradigmática. Si sólo fuera por recrearnos en las grandes narrativas, las bellas poesías, o en las parábolas de Cristo, merecería la pena dedicarnos a la lectura bíblica. Pero mientras leemos, oiremos la voz de Dios, sentiremos cercano a Cristo, y si abrimos nuestra mente y nuestro corazón, descubriremos cómo nace en nosotros una fe personal en Dios, una nueva vida en Cristo, y una comunión con el Espíritu Santo. Las páginas de la Biblia se convertirán en nuestro medio natural, y en un vehículo insustituible de la revelación de Dios. Encontraremos, en suma, la confirmación de lo dicho por Jesucristo:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14:6)

Y asentiremos a lo escrito por el apóstol:

«Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios
» (Romanos 10:17)

S. Stuart Park
Valladolid

GBU